

L A POSTMODERNIDAD NUESTRA DE CADA DÍA

Podemos concebir la postmodernitat, como señala Frederic Jameson, como la pauta cultural dominante en la etapa del capitalismo que desde hace dos o tres décadas atravesamos, el llamado capitalismo tardío. Esta etapa se caracteriza, sobre todo, por el lugar relevante que ocupan las relaciones terciarias, el papel que juegan las comunicaciones altamente sofisticadas, la sujeción de prácticamente todas las áreas a los imperativos del mercado y la amplia diversificación del poder. Esta postmodernitat, pues, de la que tanto se ha hablado —en términos laudatorios o estigmatizantes— no es otra cosa que el «espíritu del tiempo» que nos ha tocado vivir.

Utilizo la expresión «pauta cultural dominante» con la clara intención de evitar la habitual noción de estilo, ya que de esta manera se puede hablar de la copresencia de rasgos y tendencias diferentes y aún contradictorios que, precisamente, es uno de los elementos (esa heterogeneidad de líneas artísticas o de pensamiento) que caracterizan la postmodernitat. Se trata de eludir así las falaces posturas de panegiristas o denigradores que se aferran al argumento del «estilo», o de la «carencia de estilo», de dicho momento cultural.

En las sociedades del capitalismo avanzado podríamos decir que hasta la década de los 60 creció y se desarrolló en su seno una élite intelectual y artística sumamente crítica respecto a su estructura y funcionamiento (ética y estética incluidas), que reivindicaba para sí y como modelo cultural uno basado en la fe en el progreso social y humano y la utopía que fundamentó los principios de la modernidad.

Ciertos hechos conocidos de las burocracias socialistas —los juicios de Praga, la existencia del Gulag, más tarde la invasión de Checoslovaquia— y el incansante avance de las democracias occidentales hacia una sociedad del hiperconsumo y la opulencia, fueron sumiendo a esta *intelligentsia* en un hondo escepticismo frente a las posibilidades de un verdadero cambio social y, por lo tanto, también ante la probable incidencia del arte y la cultura en tal proceso.

El camino es bastante más largo y complejo. Se podría remontar a Auschwitz, pasar por Hiroshima y acabar en el Gulag, por señalar los tres momentos más crueles y paradigmáticos de quebranto de la razón, pero viene abonado con algunos fracasos en la experiencia de esa élite cultural: el estalinismo experimentado en el seno de las formaciones de izquierda del occidente capitalista, el esquematismo de ciertos postulados artísticos, el autoritarismo de las formas experimentales de la literatura sobre los escritores que se mantenían fieles al realismo, la incapacidad del movimiento moderno en arquitectura y diseño para adaptarse a los nuevos requerimientos del mercado, la subordinación de las propuestas neovanguardistas a los postulados programáticos, no son más que escalones que llevan a lo que más tarde, y de manera simbólica, supondrá la caída del muro de Berlín: el triunfo, sin contrapeso de ningún tipo, del modelo capitalista de sociedad. Y de una cultura.

Una cultura que se autoproclama absolutamente libre de dogmas, plural, heterogénea, que osa referirse irreverentemente a cualquier momento del pasado y que, no obstante, es obediente al impresionante desarrollo tecnológico y de los medios de comunicación. Una cultura que «descree» en el futuro y en las ideologías, pero que se somete al mercado. Una cultura lúdica que mezcla géneros y estilos, efímera y simbólica, que hace del continente contenido y que dialoga consigo misma en un laberíntico discurso autorreferencial.

Detrás de todo esto existe, como decía más arriba, la consciencia —aunque a veces no sea más que un estado de ánimo, una cierta desazón o un vacío— de que cualquier utopía social se ha desvanecido y que, por tanto, este orden de cosas económico y social no tiene alternativa alguna fuera de alguna variante generada dentro de su propio marco.

También existe el reconocimiento de que la historia de Occidente puede no ser la única, que no detendremos el deterioro del planeta sino con un freno a las políticas industrializadoras que, sin duda, no estamos dispuestos a aplicar, que las desigualdades cada día más brutales entre norte y sur se subsanarían a partir de un sacrificio solidario del norte que es imposible proponer —y, por tanto, mucho menos realizar— y que las minorías existen y están aquí.

Esa consciencia, o sentimiento, del sector intelectual o artístico le conduce, aunque no de forma mecánica, a la producción actual, descorazonada e irónica, descriptiva y escéptica, acumulativa y retórica.

Pero es que, además, se produce un proceso paralelo en la sociedad civil. Sociedades en las que, de manera definitiva, está asentada la democracia, ven deteriorarse paulatinamente los principios que históricamente la han sustentado: representatividad de los partidos políticos, participación popular en los acontecimientos de interés común, vitalidad de una opinión pública, movilización popular frente a hechos que lesionan los intereses de los ciudadanos. Es un proceso que lleva a un distanciamiento entre el ciudadano de a pie y lo que se ha dado en llamar la «clase política» de la que se desconfía. Y frente a la desconfianza ante la clase política y el sentimiento cada vez más fuerte de que «nada se puede hacer», el ciudadano deja de participar en el área pública para recluirse en el área privada.

Es una privacidad que se alimenta con el consumo y que se manifiesta en todas aquellas actividades que vienen a ser el remedo cotidiano y casero de lo que en otros tiempos, no tan lejanos, fueran actividades públicas, y que van desde la acumulación de objetos electrodomésticos que posibilitan que nos montemos la sesión de cine sin salir de casa, hasta los descubrimientos de los placeres de la cocina como triste sustituto de debates culturales o políticos. Y paralelamente, una reactualización de actitudes de hipocresía sexual y social que parecían definitivamente abandonadas por la influencia de, al menos, dos corrientes de pensamiento que en los años 60 tuvieron bastante vigencia: por una parte, los postulados del cristianismo postconciliar, y por otra ciertos planteamientos de corte existencialista. Ambos habían puesto el énfasis en los conceptos de autenticidad y compromiso cuya influencia en la juventud de aquellos años fue decisiva a la hora de intentar romper con lo que se intuía como mentira en las formas convencionales de vida.

Cuando se comenzó a hablar de postmodernidad en el terreno de las artes y de la arquitectura, fue vista por los adali-

des de la modernidad como una tendencia superficial, banal y carente de principios. Y sus defensores planteaban su ruptura con la modernidad como respuesta a un deseo latente de libertad, pluralidad y antidogmatismo. Creo que la cuestión supera con creces esta polaridad.

Así como la modernidad fue el fruto cultural del capitalismo, la postmodernidad es la «pauta cultural dominante» de esta etapa peculiar del capitalismo cuyas características principales son tanto la exacerbación de rasgos propios del capitalismo (libre empresa, economía de mercado), como la pérdida de alguno de ellos (primacía de la producción industrial, presencia de la lucha de clases para la resolución de conflictos sociales). Y lo mismo sucede en el terreno cultural con la postmodernidad. Los rasgos que se señalan como característicos de ésta no son otros que los propios de la modernidad (vigencia de lo nuevo, fervor por los avances científicos y tecnológicos, experimentación de las formas, escenario urbano, empleo de técnicas absolutamente innovadoras como el *collage*), características estas que, al perderse el gran relato legitimador, al decir de Lyotard, la utopía que justifica y engloba todos los otros relatos, se convierten en las características más rotundas de lo que se ha dado en llamar postmodernidad: la obsolescencia de un producto necesariamente nuevo, la moda efímera, el formalismo extremado, el servilismo a la técnica, la primacía de la imagen, la espectacularidad, el *pastiche*.

Estas características son las mismas que definen genéticamente la modernidad, tras debilitarse el sentido único y lineal de la historia y, por tanto, la idea de un progreso siempre perfectible que tiende a un futuro, pierden su razón de ser y se hacen puro formalismo, convirtiéndose en lo opuesto de cuanto habían significado.

Si la postmodernidad es el espíritu del tiempo que nos ha tocado vivir y si sus rasgos no son otros que los de la modernidad, exacerbados al perderse la utopía social y artística que los justificaba, si nosotros estamos compartiendo el escepticismo cultural, social y político que marca la vida de la comunidad en estas últimas décadas del siglo, caracterizada por la reducción de la vida de la *polis* a la privacidad más autista, nosotros, querámoslo o no, somos todos postmodernos.

Y no tienen sentido, por tanto, ninguna de las batallas que una década atrás dieron lugar a la apertura de distintos frentes. Ni tampoco el anuncio optimista que últimamente se suele escuchar de quienes proclaman que la postmodernidad ha muerto y que «el pensamiento moderno vuelve». Vuelve como cita. Como hay citas del barroco o del neoclásico. Vuelve dentro del eclecticismo y como un elemento más del pasado que reaparece en este presente perpetuo. Un presente que acumula cíclicamente reflejos de otros momentos, sin memoria ni futuro.

Compartimos, aunque no nos guste, el «espíritu del tiempo» en la medida en que desconfiamos de soluciones utópicas, que centramos nuestra vida en el ámbito privado, que no ejercitamos la solidaridad, que aceptamos los imperativos del mercado y que, si mantenemos veneraciones y fidelidades, lo hacemos casi siempre en secreto.

Los avatares de la historia, nuestro propio pasado nos impulsan a la incredulidad. Incredulidad al menos en aquella Razón con mayúscula, hija del Siglo de las Luces, aunque reivindicemos el ejercicio de la razón con minúscula, como gusta decir a Javier Muguerza, aunque sea sólo para des-

montar nuestras propias coartadas y quizás, a partir del ejercicio perseverante de la lucidez, encontrar un nuevo sentido a la historia que, escépticos o no, creyendo o no en el futuro, estamos construyendo día a día.